

# Góngora según Quevedo: breve relación de una historia injuriosa.

Lola González

(.....)  
*y que desde aqueste punto  
toda mi vida consagro  
a decir mal de tus cosas  
aun entre sueños hablando* <sup>(1)</sup>

Pocos deben ser los que al nombrar a uno de los dos autores mencionados en el título de este trabajo no le venga a la memoria el otro. Don Luis de Góngora y Don Francisco de Quevedo son dos nombres *unidos*, muy a pesar de ambos, en la historia de nuestra literatura y en la mente del lector tanto por sus obras como por los increíbles improprios que, casi durante toda una vida, intercambiaron. Las numerosas atenciones que esa cruenta lucha verbal ha recibido de la crítica suelen tomar como único punto de partida un enfoque literario y estético para analizar los dos movimientos enfrentados, culteranismo y conceptismo, mencionar a sus seguidores, hacer hincapié en sus respectivas influencias y concluir diciendo que no se trata de corrientes poéticas opuestas, sino superpuestas.

En un principio, nuestro objetivo era precisamente el de tratar de esas interferencias -de las que ya se han ocupado los estudiosos pero sin agotarlas- en las obras poéticas de sus dos máximos representantes, partiendo de la hipótesis de que el culteranismo no es un movimiento extraño ni contrapuesto al conceptismo sino una evolución, una desviación de éste aunque algunos escritores y preceptistas de la época no supieron o no quisieron entenderlo.

Comenzamos por acotar el tema desde la vertiente gongorina; la primera cuestión que debíamos solucionar se refería a la razón de ser de la *nueva poesía*. Por influencia de un texto <sup>(2)</sup> en el que estábamos ocupados en el momento de adentrarnos en esta materia, reparamos en el hecho, ya apuntado por los críticos, de que la poesía, la *nueva poesía* de Góngora se debía, entre otras causas, a su ascendencia judaica y que los poemas tan

caústicos que recibe de la pluma de su rival tienen más que ver con esta circunstancia que con la propiamente literaria. No es necesario prestar una atención especial a los poemas satíricos que Quevedo descarga contra Góngora para comprender que la anormal virulencia de sus insultos superan con creces el ámbito de las letras. En este punto nuestra primera intención se vió desplazada por la curiosidad y decidimos centrarnos en la figura de Don Francisco para averiguar, y reunir, los motivos más sobresalientes que provocaron la desmesurada animadversión que sintió por el autor de las **Soledades**. Ni siquiera cuando satiriza y parodia la lengua poética recién inaugurada Quevedo se limita a la crítica literaria:

*Para decir: "Yo gusto de beber frío de nieve" dirá, "Bebo con armiño del frío, con requesones de agua, con vidrieras de diciembre, con algodón llovido, con pechugas de nieve"; que poder remudar frases es limpieza*<sup>(3)</sup>.

Obsérvese cómo en la última frase de ese breve fragmento hay una mención implícita a la ascendencia semítica del poeta cordobés. Para su difamador el embellecimiento de los objetos no oculta, de ningún modo, la verdadera esencia de éstos.

Tras los textos quevedianos presentimos, pues, razones de tipo étnico-sociales<sup>(4)</sup> y de orden ideológico<sup>(5)</sup> apuntadas por los investigadores de forma esporádica y a propósito del tratamiento de los diversos aspectos y motivos sobre los que se centra su burla extraliteraria<sup>(6)</sup>.

Apenas releemos los versos en los que Quevedo vitupera a su antagonista apreciamos en ellos tres ideas obsesivas: la poca o nula gallardía de aquél, su apego a las cosas materiales y la disimulación de su origen judío.

### I. Góngora, "Apenas hombre", "Menos hombre".

Son varias las ocasiones en las que Quevedo reprocha a Góngora su exigua virilidad:

*Yo te untaré mis obras con tocino,  
porque no me las muerdas, Gongorilla  
perro de los ingenios de Castilla,  
docto en pullas, cual mozo de camino.  
Apenas hombre, sacerdote indino*<sup>(7)</sup>.

Y en otro lugar:

*Traducir un hombre al rey  
de francés en castellano,  
mandándolo por su mano,  
es justo, y por justa ley;  
mas no a la plebeya grey  
ni al rey por  
dinero ruego,  
como tú pariente ciego,  
y no hagas desto donaire;  
que mi culpa es cosa de aire,  
pero la tuya, de fuego*<sup>(8)</sup>.

En este fragmento, la acusación viene dada en forma de clave en la palabra *fuego*. Con ella, Quevedo alude a los antecedentes conversos de su adversario al tiempo que lo acusa de afeminado, dos circunstancias que, en la época, se castigaban con el fuego. La posible homosexualidad de Góngora es para su detractor objeto de ataque y razón de su escasa hombría,

*Poeta de bujarrones  
y sirena de rabos*<sup>(9)</sup>.

a cuya mengua contribuye su afición desmesurada por el juego de cartas, una afición que, rayana en el vicio, le impide cumplir con las tareas espirituales que como eclesiástico tiene a su cargo:

*Tantos y tantos todo el día;  
menos hombre, más Dios, Góngora hermano*<sup>(10)</sup>.

A la eventualidad del ser homosexual de Góngora hay que añadir -¿o acaso considerarlo como consecuencia?- su espíritu nada intrépido, esforzado o resuelto respecto a una realidad concreta: el sinfín de problemas por los que atraviesa el reino. Frente a la falta de interés que exhibe Góngora, Quevedo muestra una profunda preocupación derivada de un fuerte y arraigado patriotismo, de un hondo nacionalismo y de una irreprimible inclinación hacia la milicia la cual, sorprendentemente, le hace anteponer las *armas* a las *letras* llevándole a disociar, de este modo, el tan prestigiado binomio renacentista que a lo largo del siglo XVI constituyó todo un ideal<sup>(11)</sup>:

*Quien llamó hermanas a las armas y las letras poco sabía de sus abalorios,  
pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir*<sup>(12)</sup>.

Su opinión está seriamente documentada y apoyada en la historia de la cual se sirve para remarcar la conveniencia de este divorcio:

*Roma, cuando desde un surco que no cabía dos celemines de sembradura se creció en República inmensa, no gastaba dotores ni libros, sino soledad y ramas. Toda fue Impetu, nada estudio* <sup>(13)</sup>.

A continuación, ofrece la otra cara de la moneda: si Roma se engrandeció fue gracias a la actitud defensiva que adoptó; todo lo contrario le sucedió a Grecia la cual se perdió por el descuido de aquélla y por su dedicación exclusiva al estudio. Roma es ejemplo que se ha de seguir; de igual modo, Grecia es ejemplo que se ha de evitar:

*Los griegos padecieron la propia carcoma de las letras: siguieron la ambición de las Academias: éstas fueron envidia de los ejércitos y los filósofos persecución de los capitanes. Juzgaba el ingenio a la valentía: halláronse ricos de libros y pobres de triunfo* <sup>(14)</sup>.

En esos pasajes, Quevedo ensalza al militar frente al sabio no pudiendo, así, evitar caer en la paradoja al desdeñar las letras y encumbrar las armas a las que, por otra parte, nunca se dedicó. Pero esta paradoja tiene su explicación en la personalidad del escritor: desde la perspectiva práctica en la que se sitúa, las letras no sólo no ayudan a resolver los problemas por los que atraviesa la nación, sino que además ocultan tras de sí el vacío de los hechos <sup>(15)</sup>. De ahí que la ruptura entre la milicia y la cultura -cambio, entre otros, que originó el tránsito del siglo XVI al XVII- sea necesaria. Con la frase en la que Quevedo afirma que las armas y las letras ya no caminan juntas asistimos:

*a un desmoronamiento de la tipología humana del Quinientos. La ambición de totalidad, la vital apetencia de no dejar rincón alguno sin la huella del esfuerzo periclitán* <sup>(16)</sup>.

A ese declive le acompaña el deterioro de la dinastía austríaca y la decadencia española que se inicia con el reinado de Felipe III cuya incapacidad gubernativa dió lugar al período de privanzas en el sistema político español al entregar el poder al duque de Lerma, hombre, por otra parte, desposeído de talento y verdadera cultura que aprovechó sus dotes de simpatía para medrar y engrandecerse, convirtiendo la corte en un verdadero mercado de funciones públicas, y provocando un grave estado de inmovilidad. Y he aquí, el primer motivo que impulsa el espíritu combativo de Quevedo para quién la salvación de España estriba en la actividad purificadora y encauzada en la lucha. En estos sucesos, brevemente relatados, podemos ver la causa inicial que impulsa el espíritu combativo de Quevedo.

Un segundo motivo de esa actitud defensiva lo encontramos en su carácter xenófobo. Su manifestación nacionalista llega a la máxima exacerbación en la obra **España defendida y los tiempos de ahora**. En ella, todos los males son achacados a insidias y traiciones foráneas:

*No nos basta ser tan aborrecidos, en todas las naciones, que todo el mundo nos sea cárcel y castigo y peregrinación, siendo nuestra España para todos igual y hospedaje. ¿Quién no nos llama bárbaros?. ¿Quién no nos dice que somos locos iñorantes y soberbios, no teniendo nosotros vicio que no le debamos a su comunicación de ellos?. ¿Supieron en España qué ley había para el que lascivo, ofendía las leyes de la Naturaleza, si Italia no se la hubiera enseñado?*<sup>(17)</sup>

Quevedo presiente la pérdida de hegemonía de España por todas partes: en la incompetencia de los monarcas, en la corrupción de la nobleza, en la conspiración de los extranjeros, en los judíos, y para frenar ese avance destructor sólo ve una solución, vivir, estar permanentemente alerta para lo cual adopta una postura celosa al tiempo que práctica<sup>(18)</sup>. No sólo advierte los males del reino sino que no los pierde de vista proponiéndose afrontarlos e intentando despertar la conciencia colectiva. Esta es la misión que confiere a sus textos políticos, morales y filosóficos. Como moralista, culpa de la situación a los comportamientos individuales, desviados, entre los que cuenta, y no precisamente como el menos radical, a Góngora.

Frente a la disposición alerta y preocupada de Quevedo, sumergido en los conflictos políticos y sociales de su tiempo, Góngora es un espíritu tremendamente individualista, hecho que le lleva a adoptar una actitud de imparcialidad limítrofe a lo subversivo. Respecto a la patria, Don Luis parece ciego ante sus problemas. Si para su contendiente lo primero son las *armas*, para él lo primero son las *letras*. En cuanto al ámbito militar, rehusa abiertamente pertenecer a él, al tiempo que muestra un escaso ánimo heróico:

*Tampoco es amigo  
de andar por esquina  
vestido de acero,  
como de palmilla;  
porque para él,  
de la Ave María  
al cierto del alba,  
anda al estantigua.*<sup>(19)</sup>

De la misma forma, llana y clara, manifiesta un parco interés por todo lo que pueda suceder a su alrededor; nada, excepto su persona, le importa:

*Pastores, perros, chozas y ganados  
sobre las aguas vi, sin forma y vida  
y nada temía más que mis cuidados.*<sup>(20)</sup>

El autor de esos versos se abstiene por completo de su realidad para concentrarse exclusivamente en sus anhelos, en sus deseos que tienen como meta ser el primero en el *ingenio* y en la *poesía*. Su fuerte *ego* y su temperamento marcadamente *intelectual* son las dos causas que le hacen automarginarse.

Mientras Quevedo se desvive por los problemas del estado hasta el punto de obsesionarse, a su antagonista sólo le inquieta superarse en una doble dirección: social e intelectual. En ese afán ilimitado de distinción, en su exiguo sentimentalismo y poca inclinación a actitudes comprensivas, en su carácter falto de cordialidad y nada metafísico, Quevedo adivina un temperamento soberbio y orgulloso que identifica con el pueblo judío el cual, según él, adolece mortalmente de esta enfermedad:

*Que los judíos fuesen entregados a la soberbia, y que della proceda la dureza de su corazón, San Jerónimo lo dice del Sagrado Evangelio, tratando de la soberbia, Epístola XLV: El pueblo judío, porque pedía las primeras cátedras y las primeras saluciones en las plazas fue borrado* <sup>(21)</sup>.

Además de por las razones entrevistas, el carácter orgulloso de Góngora viene abalado también por su origen familiar. El enemigo de Quevedo nace en el seno de una familia prestigiosa y culta, circunstancia que le lleva a edificar sus pretensiones, basadas, como era normal, en prejuicios de casta y raza, y conducir las por los habituales caminos que imponía la estructura social <sup>(22)</sup>. A partir de ahí se cree señalado para otros prestigios: los que le confieren la corte y la majestad real. Su deseo de ascenso, su orgullo, su necesidad de preeminencia se dan en el judío, voluntad de destrucción, voluntad de superación <sup>(23)</sup>, para el que no existe el término medio. Góngora con su presunción está saboteando <sup>(24)</sup> la hegemonía que a toda costa pretende preservar Quevedo, al tiempo que su inhibición constituye en sí misma una provocación abierta.

## II. Góngora, "vendió el alma y el cuerpo por el dinero".

Junto a la falta de interés que manifiesta por los problemas de la nación otro factor que despierta la cólera de Quevedo es el apego que Góngora siente hacia todo lo material. Su afición al juego, su vida alegre, despreocupada y andariega, configuran ahora los otros puntos de la diana sobre la que Quevedo lanza, aún, si cabe, con más fuerza que en el caso anterior, sus ofensas:

*Este que, en negra tumba, rodeado  
de luces, yace muerto y condenado,  
vendió el alma y el cuerpo por dinero,  
y aun muerto es garitero* <sup>(25)</sup>.

Para comprender en toda su amplitud el tono soliviantado de estos nuevos insultos hay que tener en cuenta una serie de detalles de la personalidad de Quevedo tales como su inclinación a lo espiritual y su rechazo, sin reservas, de lo substancial, sobre todo del dinero el cual tiene todas las connotaciones negativas imaginables. A esto hay que añadir el hecho de ser un *hidalgo pobre* <sup>(26)</sup>, y finalmente, el que, como hombre integrado en su sociedad y observador de sus problemas, está al corriente del peor de los males que padece el país, la falta de recursos económicos.

Quevedo piensa que por el dinero se malogran y extravían los hombres. Góngora es, según él, un ejemplo. Su vida disipada, presidida por el derroche le arruina hasta el punto de tener que prescindir y vender su casa de Madrid, la cual, ironía del destino, compró su difamador <sup>(27)</sup>.

Para que los hombres no se pierdan a causa del vil metal, para no despertar en ellos la codicia, sería conveniente sustituir la compensación material por otra de carácter moral:

*La sabiduría romana, que tuvo por medio a su pobreza para premiar la virtud y la valentía, labró moneda con el cuño de la honra; batióla en el aire, y sin empobrecerse del oro y plata, tuvo caudal para satisfacer a los generosos y a los magnánimos. Puso asco para los premios ilustres en los metales, el verlos empleados en hartar ladrones y pagar a adulterios, y facilitar maldades, falsear leyes y escalar jueces. Por esto aquellos padres condenaron la plata y oro a precio desautorizado de almas vendibles y de vidas mecánicas* <sup>(28)</sup>.

Por mediación del dinero se puede comprar y vender todo; Góngora, obtuvo su puesto de racionero por este medio:

*"Yo soy Racionero  
en Córdoba de su iglesia"  
pues no es maravilla efesia  
comprallo por el dinero.* <sup>(29)</sup>

El poder corruptor del dinero desplaza el esfuerzo personal, el tesón y el sacrificio, únicos medios con los que, en un tiempo pretérito, se obtenían los merecimientos. En el tiempo en el que tienen lugar las sátiras quevedianas:

*Los bienes del mundo son de los solícitos; su fortuna, de los disimulados y violentos (...). El dinero es una deidad de rebozo que en ninguna parte tiene altar público y en todas tiene adoración secreta* <sup>(30)</sup>.

La idea que contiene ese fragmento en prosa la encontramos también en la poesía, en aquel famoso poema en el que se describe al dinero como alma poderosa de los caballeros:

*Madre yo al oro me humillo;  
él es mi amante y mi amado,  
pues, de puro enamorado,  
de continuo anda amarillo,  
que, pues doblón o sencillo,  
hace todo cuanto quiero,  
poderoso caballero  
es don Dinero* <sup>(31)</sup>.

También para la precariedad económica por la que atraviesa la nación, Quevedo tiene su remedio. La solución pasa por un rechazo tajante a la nueva clase social, la burguesía, y el reforzamiento de la estructura estamental de la sociedad con lo que ello implica de vuelta a la Edad Media feudal. Sus ideales, aunque aristocratizantes y difíciles de aplicar, no le impiden, sin embargo, indignarse al contemplar la nobleza contemporánea y sentir nostalgia de un tiempo en que cada cual ocupaba su sitio, ese sitio en el que querría ver a su rival y que cortaría de raíz su carrera ascendente iniciada gracias a su acomodada situación económica.

Dejando, momentáneamente a un lado, la profunda antipatía que Góngora inspira a su emulador, en las críticas de éste podemos ver a un hombre de gran sensibilidad social y de seria vocación política, de una vocación ausente, por completo, en el agraviado, a la que se entrega sin condiciones con él único propósito de servir a su país cerrando, en el aspecto material, los ojos a lo accesorio en nombre de lo esencial. Mientras, Góngora no está dispuesto a renunciar a nada, sino a seguir su existencia pródiga, única cosa, en la que según parece, se mantuvo constante.

En resumidas cuentas, Don Luis no sólo no estuvo nunca en el lugar que según Quevedo le correspondía, sino que se pasó toda su vida recorriendo el país, viajando, impulsado por sus pretensiones cortesanas: sus numerosos viajes fueron casi siempre comisionados por el cabildo y los aprovechó para establecer contactos literarios y para continuar viviendo despreocupada y alegremente <sup>(33)</sup>. Y mientras viajaba, se iba distanciando, cada vez más, de la realidad.

### III. Góngora, o "poder remudar frases es limpieza".

Quevedo, a pesar de que en algunos de sus poemas practica el culteranismo, se niega rotundamente a conceder valor o mérito alguno a la *nueva poesía* iniciada por Góngora. Tanta belleza, tanta palabra culta y cuidada encubren la ausencia de acciones efectivas y prácticas por parte de su creador y esconden su verdadero origen.

En numerosas ocasiones emplea Quevedo el adjetivo *sucio* para aludir al linaje del poeta cordobés:

*En lo sucio que has cantado  
y en lo largo de narices  
demás de que tú lo dices  
que no eres limpio has mostrado* <sup>(34)</sup>.

Las continuas referencias a esta circunstancia nos obligan a reflexionar sobre el fundamento de este feroz antisemitismo. Dos, en principio, son las causas que se pueden señalar: la primera tiene que ver con el proceder recto social y moral del hombre. En el caso particular que nos ocupa, el comportamiento de Góngora deja mucho que desear, configurándose en la extrapolación de las pautas de vida que debe observar un hombre cristiano. La vida ajetreada que lleva y la ausencia total de preocupaciones de orden social, político y religioso lo hacen parecer poco ortodoxo a los ojos de Quevedo. A esto habría que añadir el hecho de que Góngora no sólo quebranta las reglas de la vida cristiana, sino que, y esto es lo más grave, se muestra como una persona poco seria al estar comprometido de forma directa con la Iglesia y entregarse, a la vez, a una vida desenfadada.

Pero aún hay algo todavía más insufrible para Quevedo que el ser indiferente y garitero empedernido de su rival y es la particularidad de que a éste no le ate ni determine ningún sentimiento religioso. Si en los poemas piadosos de Quevedo encontramos a un hombre lleno de inquietudes y angustias, de reflexiones y de contradicciones, en los poemas de temática religiosa de Góngora sólo hallamos conmemoraciones en versos brillantes. En contraste con la alta devoción de Don Francisco y su estoicismo cristiano, Don Luis exhibe una profunda actitud escéptica.

Quevedo con sus escritos persigue mejorar las condiciones de vida de su sociedad partiendo de la aplicación de sus doctrinas al individuo para llegar, tras una gradual ascensión, a la meta deseada. Se preocupa de la marcha de la vida española y trata de remediar los males poniendo en práctica las ideas senequistas sobre la vida y la muerte, la pobreza y la inmortalidad. En contraste, Góngora no ofrece más que su ánimo inflexible y firme, el que le exige el rumbo que le ha marcado su arraigado deseo de medro.

Si emplazamos el antisemitismo de Quevedo en su época, podremos observar cómo este sentimiento se encuentra profundamente enraizado en ella. En esta etapa de la historia de España en la que ya ha transcurrido un siglo largo desde la expulsión de los judíos, la sociedad no ha borrado a éstos de su mente presintiendo todavía un peligro importante en ellos. Como puede apreciarse en los insultos que lanza a Góngora, Quevedo no sólo no escapa a este temor sino que está hondamente contagiado. En su obra, **La hora de todos** manifiesta esa desconfianza en la caracterización que hace de unos conjurados de los que dice que *todos eran hebreos disimulados que negociaban de rebozo con traje y lengua de cristianos*, presentándolos como *gente en república*, que se defienden sagaces con el *ingenio* más que con las *armas*, diciendo de ellos que son

*hombres de cuadruplicada malicia, de perfecta hipocresía y de extremada disimulación, de tan equívoca apariencia que todas las leyes y naciones los tienen por suyos.* Es difícil no ver detrás de todas esas *cualidades*, y después de las críticas que hace en su poesía, a su acérrimo adversario. Para Quevedo, Góngora es un perfecto saboteador disimulado en su apariencia de cristiano. Al igual que los *monopantos*, grupo que dirige a los conjurados, se disfraza, se esconde bajo el hábito de eclesiástico, y bajo su *nueva poesía*, para conseguir, de una forma eficaz, sin despertar sospechas, sus propósitos.

Por último, el antisemitismo de Quevedo puede derivar también de un factor personal y caracterológico advertido por él mismo en el afrentado: su rebeldía. La indocilidad y la desobediencia de Góngora, es asociada a su condición de converso:

*No escribas versos más por vida mía,  
aunque aquesto de escribas se te pega,  
por tener de sayón la rebeldía* <sup>(35)</sup>.

Declara Quevedo que *el poder remudar*, sustituir o reemplazar frases no equivale o significa nobleza. Trasladando la frase al plano étnico-social tenemos que, la ostentación, el lujo en el vestir y en el vivir, no es indicativo, al menos en el caso de Góngora, de una superioridad heredada por la sangre:

*Cristiano viejo no eres  
porque aun no te vemos cano,  
ni de algo, eso sin duda  
pero con duda hidalgo* <sup>(36)</sup>.

Quevedo no consiente que Góngora se haga pasar por lo que no es, por cristiano viejo y consecuentemente, por hidalgo:

*¿Quién te mete con los griegos  
aun no siendo tu troyano?* <sup>(37)</sup>.

Que Don Luis no es *griego*, castellano viejo, lo pone de manifiesto *su largo de narices*, su inclinación a *comprar y vender*, el *hacer ganancias* en el juego (garitero lo llama varias veces), su adoración por el *lujo*, su *espíritu soberbio*, su *crueledad* <sup>(38)</sup> y su *atelsmo*.

Quevedo no admite la situación social de Góngora porque no ha sido conquistada con méritos propios sino adquirida mediante el soborno. Tampoco acepta su alto sentimiento de aristócrata y distinción nobiliaria porque en él sólo reconoce la *altivez* de su casta. Rechaza a su contendiente por no ser limpio de sangre, por ser exclusivista, y por no integrarse de una forma plena en el programa de vida que él propone.

Góngora con su modo de vida y con su poesía, que no enseña nada práctico, según las críticas literarias que recibió de sus contemporáneos, se encara de forma radical con la autoridad de la tradición, de la *iglesia cristiana* cuyo modo de pensar era opuesto a la

erudición y existencia ostentosa, que, junto con la agudeza intelectual, solía atribuirse a los conversos.

---

## NOTAS

(1) Poema 828, vv. 121-124, Francisco de Quevedo, poesía original completa, edición, introducción y notas de José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta, 1981. En adelante citamos por esta edición.

(2) El texto en concreto es la novela de Francisco Delicado La Lozana andaluza. En un artículo de Juan Goytisolo titulado "Notas sobre La Lozana andaluza" (Disidencias, Barcelona, Seix Barral, 1977, pp. 37-61), el autor rastrea en la novela los diferentes datos autobiográficos que Delicado va dejando en ella, a través de los cuales identifica el origen judío del autor. Los argumentos en favor del linaje judaico de Delicado se encuentran en la ambientación y en la tipología de los héroes de la obra. Así, por ejemplo, Goytisolo indica cómo mediante las señas que Delicado da para caracterizar a Aldonza, podemos identificar su origen. La más importante de ellas es su "ser aguda". Gracias a Américo Castro, Hernández Ortiz, Rodríguez Puértolas y otros investigadores, dice Goytisolo, hoy conocemos la exacta significación de los términos "inquietud" y "agudeza", por un lado, y "quietud", "gravedad" y "sosiego", por otro, en la encarnizada lucha inter-castiza de la época:

"Mientras los últimos vocablos servían para calificar el porte y actitudes de los cristianos viejos ("Era codiciado de muchos para yerno, porque traía escrita en la frente la "quietud", escribe Lope de Vega), "inquietud" y "agudeza" eran sinónimos de judaísmo...". Pág. 41

Según lo anterior no es difícil ver en Góngora a un espíritu inquieto y agudo, del cual deriva, junto con otras causas, esto es evidente, su "nueva poesía".

Al origen judío de Góngora alude también Andrée Collard en su libro Nueva poesía. Conceptismo, culteranismo en la crítica española (Valencia, Castalia, 1971, 1ª ed 1967), para explicar la actitud estética del poeta. En la segunda parte de su estudio, "El Siglo XVII: La crítica del gongorismo", dice que en esta época:

"Nos encontramos con un mundo hostil a la erudición, en otro tiempo garantía de prestigio social;...la erudición había llegado a verse como estigma social por asociación cada vez más pronunciada con la actividad intelectual de los conversos". Pág. 57

Respecto a los estudios de Américo Castro, su libro España en su historia, cristianos, moros y judíos (Barcelona, Grijalbo, 1983, 2ª ed, 1948, 1ª) nos ha sido de especial utilidad para adentrarnos en la comprensión de este problema.

(3) "La culta latiniparla" en Francisco de Quevedo, Obras completas: Prosa. Recopilación, prólogo y notas de Juan Mille y Giménez, Madrid, Aguilar, 1967, 6ª ed., 1966, 1ª ed. Los textos en prosa de Quevedo que en adelante se citan han sido extraídos de esta edición.

- (4) Dice André Collard en su estudio:  
 "El sectario Góngora, cristiano nuevo, provoca una guerra civil' en que los intereses literarios pasan a un segundo plano. Sus innovaciones se interpretan como sello de su condición de judío converso... Si Góngora hubiese cultivado sus cultismos y conceptos a la manera española, ¿se hubiera encontrado con tan enconada oposición?. Los ataques anticulteranos de Quevedo, nada literarios, nos permiten contestar que no... Los argumentos de la controversia -literarios en apariencia- se fundan al mismo tiempo sobre consideraciones étnico-sociales". Op. cit. pág. X.
- (5) Para R.J. Jones, la rivalidad entre los dos autores, debida a evidentes razones de antipatía personal acrecentada por la agresividad de ambos y su poderío verbal, puede deberse a razones ideológicas:  
 "No es exagerado ver en el estoicismo de Quevedo la raíz de sus austeros ideales estilísticos y también de su antagonismo con Góngora. Si su ideal era el despego de las cosas, no podía menos de ofenderle, moral y estéticamente (si es que puede hacerse la distinción), el demasiado apego de Góngora a este mundo", en Historia de la Literatura Española, II, Barcelona, Ariel, 1974, pág. 244.
- (6) La crítica literaria antigongorina propiamente dicha viene de la mano de Don Juan de Jáuregui, poeta en la línea estética de Quevedo. La encontramos en sus dos obras teóricas contra el culteranismo, Antídoto contra la pestilente poesía de las Soledades (1616) y Discurso poético (1624).
- (7) Poema 829, pág. 1171.
- (8) Poema 827, pág. 1165.
- (9) Poema 828, pág. 1167.
- (10) Poema 833, pág. 1174. El
- (11) Guillermo Díaz-Plaja, "La nostalgia de una edad heroica" en El Espíritu del Barroco, Barcelona, Grijalbo, 1983, pág. 13.
- (12) "La hora de todos", en Obras Completas: Prosa, pág. 259.
- (13) Idem, *ibidem*, pág. 258.
- (14) Idem, *ibidem*, pág. 258.
- (15) En "Marco Bruto", Quevedo aplaude la combinación de ambas aptitudes en capitanes famosos, pero como afirma G. Díaz-Plaja se trata de:  
 "...un puro sentimiento nostálgico porque está referido a una edad heroica de la que no queda sino un breve y ahincado recuerdo en las mentes mejores". Op. cit. pág. 15
- (16) G. Díaz-Plaja, Op. cit. pág. 14.
- (17) En Obras Completas: Prosa, Pág. 490.
- (18) Quevedo estuvo siempre al lado de los políticos más activos y prometedores de su época. Primero en medio del marasmo español de los tiempos de Felipe II, al lado del duque de Osuna y más tarde, tras las iniciales desconfianzas, al lado de los proyectos reformistas de Olivares.
- (19) Poema citado por Fernando Lázaro Carreter en Estilo Barroco y Personalidad Creadora, Madrid, Cátedra, 1977, pág. 131.
- (20) *Ibidem*, pág. 131
- (21) Vid "La virtud militante", Obras completas: Prosa, pág. 1259
- (22) Vid Fernando Lázaro Carreter, Op. cit., pág. 131
- (23) Vid G. Díaz-Plaja, "Un posible factor racial en el Barroco", Op. cit. pág. 35-50
- (24) Término empleado por G. Díaz-Plaja, op. cit.
- (25) Poema 840, pág. 1179.
- (26) Francisco de Quevedo y Villegas descende de una familia de labriegos montañeses (provincia de Sanatader) que contaba entre los suyos una serie de nobles ascendientes. Tanto su padre, Pedro Gómez de Quevedo, como su madre, María de Santibáñez, pertenecían a la servidumbre real. Francisco

quedó, en su juventud, huérfano de padre y madre. Debido a su ascendencia, noble pero humilde, y a la circunstancia señalada, se vio obligado a llevar una existencia sin carencias graves pero sobria y austera.

(27) Este hecho lo recoge Quevedo en uno de los poemas dedicados a Góngora:

.....  
Y págalo Quevedo  
porque compró la casa en que vivías,  
mal de hacer arpías;  
-Poema 841, pág. 1180-

(28) "Marco Bruto", Obras Completas: Prosa, Pág. 825

(29) Poema 827, pág. 1165

(30) "La hora de todos", Obras Completas: Prosa, pág. 270

(31) Poema 660, pág. 717

(32) Sirva de ejemplo la siguiente anécdota:

"...para recibir a un nuevo obispo, durante su época de racionero, le vemos encargarse hábitos de ricas telas, tajantemente prohibidas por las premáticas. Y durante su última y larga permanencia en Madrid, se encuentra preocupado porque no alcanza el permiso para tener coche, ya que las órdenes reales vedaban su posesión a quién no fuera persona de calidad probada... La carencia de coche en el Madrid austríaco, era descalificadora; Góngora no podía privarse de él". F. Lázaro Carreter, Op. cit., pág. 135.

(33) La afición de Góngora a viajar tiene una doble explicación que se ha de buscar en su carácter y en su ascendencia judaica.

Los estudiosos que han tratado el problema intercastizo en España coinciden en señalar la afición del pueblo judío a viajar impulsado siempre por el deseo de obtener una situación, cada vez mejor, de bienestar. El judío es viajero y un ejemplo en la literatura española lo tenemos en La Lozana andaluza. Aldonza a su llegada a Roma da con unas españolas de origen hebreo, y aunque aquella no menciona directamente su linaje, la relación de su salida temprana de España y sus viajes por el Mediterráneo oriental, les hace sospechar inmediatamente que es una de ellas. (Vid Mamotreto VIII).

Respecto al carácter, Lázaro Carreter interpreta en su libro, citado más arriba, ciertos rasgos de la vida y obra de Góngora, a la luz de una doctrina que, según él, ha producido ya excelentes resultados en la investigación literaria: la tipología caracterológica. Para Lázaro Carreter, "Góngora pertenece al tipo humano que, en términos caracterológicos, recibe el nombre de nervioso" y entre las numerosas notas o rasgos que caracterizan a este tipo de personas está lo que Le Senne (en cuya obra Traité de Caractérologie, París, 4ª ed., 1952, se basa Lázaro Carreter) ha llamado el "vagabondage affectif". El nervioso vagabundea física y espiritualmente, en busca de nuevas sensaciones, de nuevos sentimientos, amistades y conocimientos...El viaje frecuente es el síntoma más inmediato de esta inestabilidad emocional, y Góngora viajó cuanto pudo". Pág. 137

(34) Poema 827, pág. 1164

(35) Poema 829, pág. 1171

(36) Poema 828, pág. 1170

(37) Poema 828, pág. 1168

(38) Ejemplo de esta crueldad fue el ataque insistente que desarrolló contra Lope de Vega sin que, se sepa aún, mediara un hecho desencadenante de la enemistad. Para Lázaro Carreter la dureza con que Góngora trata a Lope "encaja bien en (su) perfil psicológico. Este ataca a Lope, simplemente, por emulación, por protagonismo". Y es que Lope poseía lo que a Góngora le faltaba: el aplauso popular. Op. cit. pág. 139.